

Interesa á muchas personas. Convengamos en que hemos tenido una disputa en la calle, que nos hemos hablado mal y que yo le he amenazado á usted.

—Sea—dijo Boleslas después de su silencio,—tiene usted mi palabra.

—He aquí un hombre—se decía cinco minutos después en su coche, que rodaba por las calles, y después de haber dado al cochero la dirección del palacio de Castagna. ¡Sí...es un hombre! Ha recobrado su serenidad al momento. y á mí me falta sangre fría. Estaba nervioso. Es igual. Tendré el disgusto de dar un mal golpe á este mozo.. Pero paciencia, el otro no perderá nada por esperar.



## VI

### Las inconsecuencias de un viejo chuan.

Mientras el insensato Boleslas corría á casa de Ardea, para pedirle con una especie de salvaje alegría que asistiera como testigo al más irracional de los duelos, Florent Chaprón no se preocupaba más que de impedir á toda costa que su cuñado sospechase su cuestión con el antiguo amante de la señora Steno y el desafío que de ella iba á resultar. Su amistad apasionada por Lincoln era tan fuerte que le preservó del enervamiento que precede ordinariamente á un duelo, sobre todo si el que va por primera vez al terreno ha descuidado el manejo de la espada ó de la pistola. Tratándose de un esgrimidor ó habituado á las salas de armas, aunque no sea más que mediano, un encuentro se traduce por imágenes del detalle que dan al peligro y no sé qué de indeterminado y ciego, y por tanto, casi absurdo. Concibe el hombre la posibilidad de la lucha, de una acción en que portarse valientemente. Piensa en una parada, en el modo de

oprimir el gatillo de su arma. Esto basta para darle una sangre fría que la absoluta ignorancia no sabría guardar, á menos de no estar sostenida por uno de esos sentimientos profundos más fuertes que la carne ó la sangre. En este caso estaba Florent. Aquel Dorsenne que poseía un olfato casi físico de las cosas del corazón, no se engañaba: el pintor tenía en el hermano de su mujer el sacrificio de una completa abnegación. Podía exigir todo lo que quisiera de aquel mameluco, más bien de aquel esclavo, pues la sangre de los esclavos, sus antecesores, se manifestaba en Chaprón por una absorción total de su personalidad. El atavismo de la esclavitud produce dos efectos que únicamente en apariencia son contradictorios: ó el sacrificio ó la perfidia. Una y otra de estas disposiciones morales estaban encarnadas en el hermano y en la hermana. Se habían distribuido, como alguna vez sucede, el doble carácter de su raza: había el uno heredado toda la virtud de la inmolación, la otra todo el poder de la hipocresía. Pero el drama provocado por la coquetería de la señora Steno, y definitivamente desencadenado por el frenesí de Gor-ka, debía poner en claro aquellos dos estados morales que Dorsenne presentía sin comprenderlos bien. Ignoraba las circunstancias en las que Florent se había desarrollado, así como la naturaleza de su amistad con Maitland, y el modo como éste se había decidido á casarse con Lidia; en fin, una excepcional y larga historia que es preciso contar para esclarecer las relaciones singulares de aquellos tres seres.

Como se ha visto, la brutal alusión de Boleslas contra su sangre negra había hecho perder á Florent la paciencia hasta el punto de levantar su bastón contra su

insolente interlocutor. Aquella tacha de origen, oculta con el más celoso cuidado, representaba para el joven lo que para su padre había representado: el punto vital de su amor propio, la secreta y constante humillación. Esta sangre negra era tan poca, tan poca, que preciso era estar advertido para conocerla; pero había bastado para que la estancia en América les fuese tanto más intolerable á los dos cuanto que tenían el grande y legítimo orgullo de su nombre, un nombre que el Emperador ha mencionado en Santa Elena como el de uno de sus más valientes oficiales. El abuelo de Florent era, en efecto, aquel coronel Chaprón, que ante el Dnieper, y como Napoleón desease una noticia del enemigo, atravesó el río á nado con su caballo, persiguió á un cosaco en la otra orilla, le corrió como á un ciervo, le puso aterrorizado sobre la silla y le trajo al campo francés. Cuando cayó el Emperador, aquel héroe, que estaba comprometido de una manera irreparable en el ejército del Loire, abandonó su país, y acompañado de un puñado de sus antiguos soldados, fué á fundar al S. de los Estados Unidos, en la Alabama, una especie de colonia agrícola á la que aquellos valientes dieron el nombre, que aún conserva, de Arcola, melancólico é inocente homenaje á la fabulosa epopeya de su vida. ¡Qué lejos estaba ésta ya en 1820! ¡Quién hubiera conocido al bizarro coronel que entró al lado de Montbrun en el corazón de la Grande Redoute, en el plantador de cuarenta y cinco años, preocupado de sus algodones y de sus cañas de azúcar, que por otra parte, logró hacer fortuna en poco tiempo á fuerza de juicio y de energía! Este feliz éxito, conocido en Francia, fué la causa indirecta de aquella otra emigración conducida á Tejas por el gene-

ral Lallemand y que tan mal terminó. El coronel Chaprón, como se supone, no había adquirido recorriendo Europa, nociones muy escrupulosas sobre las relaciones de los dos sexos, pero, no obstante, habiendo hecho madre á una lindísima y dulce mestiza que había encontrado en un viaje á Nueva Orleans y llevado á Arcola, uni6se íntimamente á aquel pobre ser y á su hijo,



tanto más cuanto que, aparte una pequeña diferencia en la tez y en los cabellos, aquel niño era su vivo retrato. Al morir el antiguo soldado, y no teniendo á nadie más, dejó toda su fortuna á este hijo, al que puso el nombre de Napoleón. Mientras él vivió, nadie entre sus vecinos osó tratar al joven de otro modo que su padre. No sucedió lo mismo cuando el prestigio del soldado

del Emperador no pudo proteger al mozo contra esa aversión de la raza, que es, naturalmente, un prejuicio, pero que socialmente significa un instinto de conservación de una infalible seguridad. Los Estados Unidos se han engrandecido por esta condición. La mezcla de las sangres ha disuelto esta admirable energía anglosajona, como la lucha contra una naturaleza á la vez muy rica y muy rebelde les ha exaltado para producir tan asombrosos esplendores.

Napoleón Chaprón, rechazado en varias tentativas de matrimonio, contrarrestado en su explotación, humillado en veinte circunstancias por los antiguos compañeros del coronel, llegó á convertirse en una especie de misántropo. Vivió únicamente sostenido por una doble voluntad: acrecentar desmesuradamente su fortuna por una parte, y por otra, casarse con una mujer blanca. Y hasta la edad de los treinta y cinco años, en 1857, no realizó el segundo de estos dos proyectos. En el curso de un viaje á Europa se enamoró en el barco de una joven institutriz inglesa, que venía del Canadá llamada por grandes desgracias de familia. La volvió á ver en Londres. Ayudóla con tal delicadeza, que ella consintió en ser su mujer. De esta unión nacieron, con un año de diferencia, Florent y Lidia. Esta última costó la vida á su madre, precisamente en el momento en que la guerra de sucesión comprometía la fortuna de Chaprón, que, afortunadamente para él, había, en su deseo de enriquecerse pronto, colocado su dinero en diversos negocios. No se encontró más que arruinado á medias. Solamente esta semirruina le impidió volver á Europa como había pensado hacerlo. Tuvo que permanecer en Alabama para reparar el desastre, cosa que con

siguió, pues á su muerte, ocurrida en 1880, sus dos hijos heredaron cada uno más de cuatrocientos mil dólares. No se había limitado el sacrificio de aquel padre incomparable á la formación de esta gran fortuna, sino que había tenido el suficiente valor para privarse de aquellos dos seres, á los que adoraba, á fin de evitarles las humillaciones de una escuela americana, enviándoles desde los doce años á Inglaterra: al hijo, á los jesuitas de Beaumont; á la hija, á las religiosas del Sagrado Corazón, en Roehampton. Después de permanecer en estos dos sitios cuatro años, les había hecho pasar á París: Florent, á Vaugirard Lidia; á la calle de Varenne; y en el momento en que, habiendo realizado sus cuatro millones, se disponía á ir á vivir con ellos en un país sin prejuicios, una apoplejía le mató, siendo aún joven. La doble mella que dejan el trabajo y el disgusto, había apoderado de uno de esos organismos, como los que á menudo producen el cruce de la raza blanca y de la raza negra, atléticos en apariencia, pero de una sensibilidad demasiado viva y en la que la resistencia vital no está en proporción con el vigor muscular. Aquel hombre contaba apenas sesenta años.

Por mucho que se hubiese esforzado, él, tan herido por la tacha de su nacimiento, en preservar á sus hijos de pruebas semejantes, no había podido impedir que desde que su hijo entró en el colegio de Beaumont comenzaran aquéllas.

Los pequeños camaradas con los que Florent se había encontrado en relaciones, en fondas ó paseos, durante su estancia en América, le habían ya hecho sentir aquella humillación de la sangre por la que tanto sufrió su padre. El colegial de doce años, taciturno y

locamente sensible, que hizo su aparición en un *lawn* del apacible colegio inglés una mañana nebulosa de otoño, llevaba allí un amor propio que ya sangraba, y fué sorprendido deliciosamente al encontrarse en medio de camaradas de su edad que no parecían sospechar que hubiese una diferencia que les separase de él. Hacía falta el golpe de vista de un yankee para distinguir en las uñas de aquel adolescente la gota de sangre negra ya tan lejana. Entre un mestizo y un criollo jamás un europeo ha podido establecer diferencia. Florent había sido presentado como lo que realmente era: el nieto de uno de los mejores oficiales del Emperador. Su padre tuvo cuidado de hacerle pasar por francés, y sus compañeros no habían visto en él más que un escolar como ellos, que llegaba por azar del Alabama, es decir, de un país casi tan quimérico como el Japón ó la China.

Todos los que en la primera juventud han conocido las terribles torturas de la aprensión juzgarán cuál sería la angustia del pobre niño cuando, después de cuatro meses de una vida común abierta al calor de las simpatías, uno de los padres jesuitas que dirigían el colegio le anunció, creyendo darle una agradable nueva, la próxima llegada de un americano, del joven Lincoln Maitland. Experimentó Florent tan violenta sacudida, que tuvo realmente fiebre durante cuarenta y ocho horas. Después de muchos años recordaba aún qué ideas le habían invadido el día en que, sabedor de la llegada de Lincoln, bajó de su cuarto al refectorio común, seguro de que, al hallarse frente á su camarada, éste le recibiría con esa desafiante mirada que sufrió tan frecuentemente en los Estados Unidos. No tenía

duda de que, una vez descubierto su origen, la atmósfera de agrado y amistad que le rodeaba se cambiaría en manifiesta hostilidad. Se veía atravesando el patio, llamado repentinamente por el Padre Roberts—era el maestro que le había advertido,—y recordaba su sorpresa cuando Lincoln Maitland le había estrechado vigorosamente la mano como un compatriota que encuentra á otro. Más tarde debía comprender que esta acogida era natural viniendo del hijo de una inglesa, educado por ella y traído de Nueva York á Europa antes de cumplir los cinco años, para vivir allí en un medio tan poco americano como era posible. Chaprón no racionó de este modo entonces. Tenía el corazón demasiado tierno. El reconocimiento entró en él de golpe, tan apasionado como había sido su infantil espanto de un momento antes. Una semana después Lincoln Maitland y él eran amigos tan íntimos como si no se hubieran separado desde su nacimiento.

Esta afección, que no hubiera sido para la naturaleza indiferente de Maitland más que un casual episodio de colegio, debía llegar á ser para Florent el sentimiento más serio y más completo de su vida. Esas fraternidades de elección, la flor más bella y delicada del hombre, se desarrollan comunmente en la adolescencia. Es el período de los diez á los diez y seis años, edad ideal propia para la amistad apasionada, cuando el alma está pura, fresca, virgen aún y fecunda en generosos proyectos para el porvenir. Entre los dos amigos se forman proyectos; se sueña con un compañerismo casi místico con el amigo, para el que no se tiene secreto alguno, cuyo carácter se ve como al través de una luz de nobleza, y al que pretendemos parecernos. Son éstos,

tratándose de dos niños que piensan juntos ante un problema de aritmética ó una lección de historia, verdaderos poemas de ternura, de los que el hombre sonreirá después, encontrando lejos de él para todos los gustos, para todas las ideas, para el ser de su ser, en una palabra, á aquel que deseó fuera su hermano. Sucede, no obstante, que en ciertas naturalezas de una sensibilidad precoz y fiel á la vez, este sueño de la vida afectiva adquiere tal intensidad que la amistad persiste al través del primer sueño de la sensualidad, que mata tantas delicadezas, y después al través del primer tumulto de la experiencia social, no menos mortífera para los ideales de la adolescencia. Así le sucedió á Florent Chaprón, fuese que su carácter, á la vez feroz y sumiso, le hiciese más propio para esta abdicación de la personalidad propia que la amistad supone, fuese que lejos de su padre y hermana, y huérfano de madre, su corazón experimentase la necesidad de unirse á alguien; fuese, en fin, que Maitland ejerciese sobre él un prestigio especial por sus cualidades contrarias á las suyas. ¿Fragil, fué seducido por la fuerza y la destreza que su amigo mostraba en todos los ejercicios? ¿Tímido y taciturno, fué dominado por el aplomo de aquel enérgico atleta? ¿Las maravillosas disposiciones para el arte que desplegó el otro en aquellos años, le conquistaron, como también la simpatía por las desgracias que el otro le relató y que le hicieron más daño quizás que al que las sufría? Gordon Maitland, el padre de Lincoln, de una excelente familia de Nueva York, había muerto como un valiente en la batalla de Chancellorsville, durante aquella misma guerra que debió arruinar al padre de Florent. Mistres Maitland, po-

bre hija del rector de una iglesia presbiteriana de Newport, y que sólo se había casado por la fortuna de su marido, no tuvo, una vez viuda, más que una idea: *to go abroad*, como ellos dicen, marcharse. ¿Dónde? A Europa, lugar vago y fantástico donde pensaban llamar la atención por su talento y su hermosura. Era linda, vanidosa y tonta, y aquel viaje en persecución de un papel indeterminado que representar en el viejo mundo, redujose á pasar dos años corriendo de fonda en fonda. Después de esto, se casó con el segundo hijo de un pobre par de Irlanda, llevada de la quimera de entrar en aquel Olimpo de la aristocracia británica, con la que tanto había soñado. Ella y su hijo se habían hecho católicos para obtener aquel resultado que les salió caro, pues no solamente el gran señor arruinado que la dió su mano, era brutal, borracho y cruel, sino que á estos defectos unía el de ser uno de los más encarnizados jugadores del Reino Unido. Alejó á su hijastro de su casa, maltrató á su mujer y murió hacia 1880, después de haber devorado la fortuna de la pobre criatura y parte de la de Lincoln. En aquel momento éste, á quien su padrastro había dejado en completa libertad y que desde su salida de Beaumont trabajaba en su arte un poco en todas partes, en Venecia, en Roma y en París, se encontraba en esta última ciudad como uno de los primeros discípulos en el estudio de Bonnat.

Viendo á su madre arruinada, sin recursos á los cuarenta y cuatro años, persuadido de su glorioso porvenir, tuvo uno de esos arranques propios de la juventud y que prueban menos la generosidad que el orgullo de la vida. De los quince mil francos de renta que le que-

daban, cedió doce mil quinientos á su madre. Conviene añadir que no había transcurrido un año de esto cuando se casó con la hermana de su compañero de colegio..... y con cuatrocientos mil dólares. Había visto la miseria y sentido miedo. Su buena acción con su madre le servía para justificar á sus propios ojos el carácter puramente interesado de aquella combinación, que dejaba libre para siempre á su pincel. Hay conciencias de artistas que son así: aquél no se hubiera perdonado nunca una concesión de su arte. Consideraba viles á los pintores que mendigan el éxito, y encontraba natural tomar los dos millones de la señorita Chaprón, á la que no amaba, y por la que, ahora que se había engrandecido y trabado amistad con algunos de sus compatriotas, no estaba lejos de sentir también el prejuicio de la raza. La gloria del coronel del Imperio y la amistad por «aquel bueno de Florent.....» como él decía, lo cubrieron todo.

¡Pobre y bueno Florent, en efecto! Aquel matrimonio fué para él la novela de su juventud realizada. Le deseaba desde la primera semana que Maitland le dió el apretón de manos que les había unido. Vivir á la sombra de su amigo, convertido en cuñado y en ídolo; no soñaba solución mejor para su propio destino. Los defectos de Maitland desarrollados en toda su plenitud por la edad, la fortuna y el éxito—recuérdese el triunfo de su *Mujer en violeta y amarillo* en la exposición de 1884,—encontraron á Florent tan ciego como en la época en que jugaban ambos al *cricket* en las praderas de Beaumont. Dorsenne había diagnosticado muy exactamente allí uno de esos hipnotismos de admiración que los artistas grandes ó pequeños inspiran á menudo. So-